

PENTECOSTÉS, EL ESPÍRITU SANTO Y SUS DONES



El día de Pentecostés los cristianos celebramos la venida del Espíritu Santo.

En el calendario del Año Litúrgico, celebramos la fiesta de Pentecostés a los cincuenta días después de la Resurrección de Jesús.

Origen de la fiesta

Los judíos celebraban una fiesta para dar gracias por las cosechas, 50 días después de la pascua. De ahí viene el nombre de Pentecostés. Posteriormente, el sentido de la celebración cambió por el de dar gracias por la Ley entregada por Dios a Moisés.

En esta fiesta, los judíos, recordaban el día en que Moisés subió al Monte Sinaí y recibió las tablas de la Ley y enseñó al pueblo de Israel lo que Dios quería de ellos. Celebraban así la alianza del Antiguo Testamento que el pueblo estableció con Dios: ellos se comprometieron a vivir según sus mandamientos y Dios se comprometió a estar con ellos siempre.

La gente tenía por costumbre venir de muchos lugares al Templo de Jerusalén para celebrar la fiesta de Pentecostés. En el marco de esta fiesta judía es donde surge nuestra fiesta cristiana de Pentecostés.

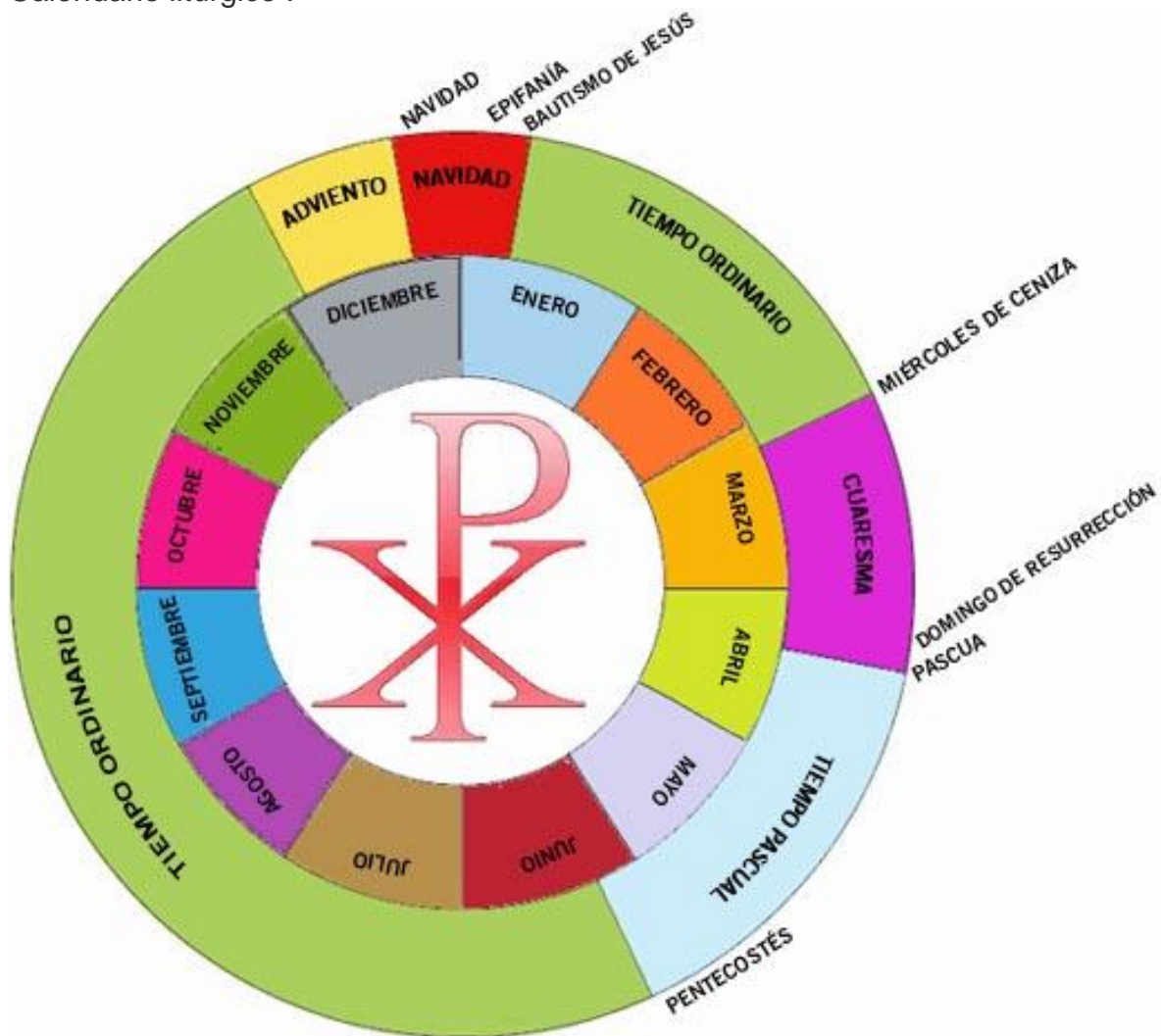
La Promesa del Espíritu Santo

Durante la Última Cena, Jesús promete a sus apóstoles: *“Mi Padre os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre: el espíritu de Verdad” (San Juan 14, 16-17).*

Más adelante les dice: *“Les he dicho estas cosas mientras estoy con ustedes; pero el Abogado, El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése les enseñará todo y traerá a la memoria todo lo que yo les he dicho.” (San Juan 14, 25-26).*

Al terminar la cena, les vuelve a hacer la misma promesa: *“Les conviene que yo me vaya, pues al irme vendrá el Abogado,... muchas cosas tengo todavía que decirles, pero no se las diré ahora. Cuando venga Aquél, el Espíritu de Verdad, os guiará hasta la verdad completa,... y os comunicará las cosas que están por venir” (San Juan 16, 7-14).*

Calendario litúrgico :



Desde la fundación de la Iglesia el día de Pentecostés, el Espíritu Santo es quien la construye, anima y santifica, le da vida y unidad y la enriquece con sus dones. El Espíritu Santo sigue trabajando en la Iglesia de muchas maneras distintas, inspirando, motivando e impulsando a los cristianos, en forma individual o como Iglesia entera, al proclamar la Buena Nueva de Jesús. Por ejemplo, puede inspirar al Papa a dar un mensaje importante a la humanidad, lo asiste para que guíe rectamente a la Iglesia y cumpla su labor de pastor del rebaño de Jesucristo; inspirar al obispo de una diócesis para promover un apostolado; etc. El Espíritu Santo construye, santifica y da vida y unidad a la Iglesia; tiene el poder de animarnos y santificarnos y lograr en nosotros actos que, por nosotros mismos, no realizaríamos. Esto lo hace a través de sus siete dones.

"Uds. recibieron un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza porque no sabemos orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con

gemidos inefables." (Rom 8, 15. 26)

El Papa Francisco nos dijo recientemente que : *"si uno está íntimamente unido a Jesús, goza de los dones del Espíritu Santo, que -como nos dice san Pablo- son «amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia» (Gal 5,22); y en consecuencia hace tanto bien al prójimo y a la sociedad, como un verdadero cristiano".*

¡Ven Espíritu Santo!

Primero de todo, tenemos que implorar al Espíritu Santo, antes incluso de pedir que nos conceda sus dones. Él en persona es el Don más valioso, el "don de Dios altísimo".

Oración al Espíritu Santo :

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor; envía Señor tu Espíritu Creador y se renovará la faz de la tierra.

Oh Dios, que quisiste ilustrar los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos que, guiados por este mismo Espíritu, obremos rectamente y gocemos de tu consuelo.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Dones del Espíritu Santo :



Con los diversos dones, el Espíritu Santo vivifica nuestra oración. Nos lleva a descubrir la presencia de Dios en la creación, a amarle filialmente, a reverenciar su santidad, a penetrar las verdades de la fe, a perseverar en las dificultades y atinar en las aplicaciones.



1.- Don de Sabiduría

Nos hace comprender la maravilla insondable de Dios y nos impulsa a buscarle sobre todas las cosas, en medio de nuestro trabajo y de nuestras obligaciones.

¿En qué consiste el don de la sabiduría?

El mayor de sus dones es la sabiduría, que es la gracia de poder ver cada cosa con los ojos de Dios. Es luz que se recibe de lo alto, una participación especial en ese conocimiento misterioso y sumo, que es propio de Dios. El don de la sabiduría perfecciona la virtud teologal de la caridad, produciendo un conocimiento nuevo, impregnado por el amor.

En nuestro día a día, en el orden natural, el amor nos agudiza la capacidad de penetrar en el interior del otro. Por ejemplo, el conocimiento mutuo entre dos esposos que se aman, entre unos amigos cercanos, o el conocimiento de una madre hacia sus hijos, goza de una intuición mucho más allá de los factores intelectuales: **el corazón vive lo que la razón no sabe**. Ahora bien, en el orden sobrenatural "*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*" (Rom 5, 5). Cuando el Espíritu Santo nos comunica el don de la sabiduría, especialmente en los momentos de oración, nos lleva a mirar y saborear a Dios y la creación a través del amor divino.

Ejemplos de sabiduría

Podemos encontrar grandes ejemplos de este don. Pablo VI decía de Santa Catalina de Siena, mujer analfabeta que vivió apenas 33 años: "*Lo que más impresiona en esta santa es la sabiduría infusa, es decir, la lúcida, profunda y arrebatadora asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe, debida a un carisma de sabiduría del Espíritu Santo*" (4 de octubre de 1970). Y Juan Pablo II, declarando doctora de la Iglesia a Santa Teresa del Niño Jesús, recalcó que el centro de su doctrina es "*la ciencia del amor divino. Se la puede considerar un carisma particular de sabiduría evangélica que Teresa, como otros santos y maestros de la fe, recibió en la oración (cf. Ms C 36 r)*" (19 de octubre de 1997).

Son casos excepcionales, y sin embargo, todos podemos aspirar a que este don enriquezca nuestra oración. Sin embargo, hay una condición previa, la **humildad de corazón**, pues Dios se resiste a los soberbios. "*La ciencia del amor divino, que el Padre de las misericordias derrama por Jesucristo en el Espíritu Santo, es un don, concedido a los pequeños y a los humildes, para que conozcan y proclamen los secretos del Reino, ocultos a los sabios e inteligentes (cf. Mt 11, 25-26)*".

Para ayudar al Espíritu Santo a que nos conceda este don, tenemos que orientar nuestras oraciones hacia el amor. Cualquiera que sea la materia que utilizamos para realizar nuestra oración – un texto de la Sagrada Escritura, una lectura, una escena evangélica, un icono... – hay que esforzarse por pasar desde la consideración de nuestra inteligencia, también necesaria, a verla con amor, más aún, desde el amor de Dios. Dios es amor, y no poseemos una verdad plenamente mientras no es amada.

María y el don de sabiduría

La Santísima Virgen María, Trono de la Sabiduría, es también aquí madre y maestra. El *Magnificat* es la primera oración del Nuevo Testamento. Nos enseña como el don de la sabiduría configura la oración cristiana. María daba vueltas a los acontecimientos y revelaciones "en su corazón", es decir desde el amor. *"No mira sólo lo que Dios ha obrado en ella, convirtiéndola en Madre del Señor, sino también lo que ha realizado y realiza continuamente en la historia"* (cfr. *Benedicto XVI*, 14 de marzo de 2012). Es la visión de la sabiduría, que ve todo desde Dios.

Pidamos su intercesión: "María, Asiento de la Sabiduría, ruega por nosotros".



2.- Don de Inteligencia o entendimiento

Nos descubre con mayor claridad las riquezas de la fe.

Frutos del don de entendimiento

"No quiero, hermanos, que Uds. ignoren lo que se refiere a los dones espirituales... Por eso les hago saber que nadie puede decir «Jesús es el Señor», sino por el Espíritu Santo" (1Co 12, 1.3). Mediante el don del entendimiento, el Espíritu Santo, que *"escruta las profundidades de Dios" (1 Co 2, 10)*, comunica al creyente una chispa de esa capacidad penetrante que le permite casi ver los misterios de Dios.

Por la fe creemos las verdades reveladas, sin entenderlas, pues son misterio. Reflexionando y orando, nuestro entendimiento se adentra a las profundidades del misterio. Cuanto más descubre nuestra inteligencia, más misteriosa se hace la verdad divina. Cuanto más luz recibe, más se vislumbra la inmensidad del misterio. El Espíritu Santo responde a esta búsqueda amorosa de cualquier creyente. Aporta una penetración diversa, un ver, una intuición, un saber, que da a la mente un conocimiento inmediato, sereno, de la verdad sobrenatural sin que deje de ser misterio.

En la oración, este don ayuda y perfecciona al intelecto. **Cuando el Espíritu Santo viene en nuestra ayuda, captamos de un modo nuevo, claro y, por lo general, gozoso las verdades.** Ya no hace falta investigar, ya se goza del conocimiento.

El don del entendimiento en las Escrituras

Así Isabel reconoció la maternidad divina de María: *"Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»"*. Es así nuestra experiencia cuando se nos revela el sentido de una palabra de la Escritura. En ese momento se renueva en nosotros la experiencia de los discípulos de Emaús tras haber reconocido al Resucitado en la fracción del pan: *"¿No ardía nuestro corazón mientras hablaba con nosotros en el camino, explicándonos las Escrituras?"* (Lc 24, 32).

Otras veces el don del entendimiento permite a la persona que reza admirar la íntima armonía entre las diversas verdades reveladas. Puede ser que captemos en alguna de ellas un resumen de todas. Así, por ejemplo, meditando el prólogo de San Juan, quizás alguno descubra en la frase *"El verbo se hizo carne"*, todo el misterio del amor de Dios Creador y Redentor, y sólo le queda inclinar la cabeza, como hace la Iglesia al llegar a estas palabras en el Credo.

Cómo pedir el don del entendimiento

¿Cómo propiciamos este don en la oración? El evangelio nos ha dado la forma : **sencillez de corazón**. Jesús lleno de gozo en el Espíritu Santo dijo: *«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito... Nadie conoce quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»*. El orgullo del espíritu, con todas sus manifestaciones, es contrario a la presencia de este don. Dice Santa Catalina de Siena que la soberbia cubre el ojo de la inteligencia como una nube y le impide ver. La humildad del corazón abre la puerta para el Espíritu.

San Ignacio nos dejaba este sabio consejo : *"No el mucho saber harta y satisface el alma sino el sentir y gustar internamente de las cosas de Dios"* (Ejercicios, nn. 2 y 76). La Stma. Virgen María en este caso también es el gran ejemplo: *"escrutaba sin cansarse el sentido profundo de los misterios realizados en Ella por el Todopoderoso, dándoles vueltos en su corazón, es decir, con el amor más que con el raciocinio"* (cf. Lc 2, 19 y 51).

Y como siempre, tenemos que pedir, pedir mucho: "Ven Espíritu Santo".



3.- Don de Consejo

Nos señala los caminos de la santidad, el querer de Dios en nuestra vida diaria, nos anima a seguir la solución que más concuerda con la gloria de Dios y el bien de los demás.

María y el don de consejo

"Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, su madre le dice a Jesús: «No tienen vino». Jesús le responde: « ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora». Dice su madre a los sirvientes: «Hagan lo que él os diga»" (Jn 2, 1-5).

Parece un diálogo falto de lógica, pero María ha comprendido lo que la lógica humana no ve y ha acertado en su indicación a los criados. Intuimos la presencia en su mente de otra luz, propia del don de consejo. Con este don la persona, bajo la inspiración del Espíritu Santo, juzga rectamente lo que conviene hacer, incluso en los casos más difíciles. *"No faltan nunca problemas que a veces parecen insolubles. Pero el Espíritu Santo socorre en las dificultades e ilumina... Puede decirse que posee una inventiva infinita, propia de la mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables"* (Juan Pablo II, 24 de abril de 1991).

El don del consejo y la virtud de la prudencia

El don del consejo perfecciona a la virtud de la prudencia. Por la prudencia discurrimos e investigamos cuidadosamente los medios más indicados para alcanzar el fin inmediato sin dejar de fijarnos en el fin último. **Con el don del consejo el Espíritu Santo nos habla al corazón, y nos da a entender de modo directo lo que debemos hacer.** Así cuando llegó a la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén la noticia de la conversión de muchos griegos en Antioquía, enviaron allí a Bernabé, *"hombre lleno de fe y del Espíritu Santo"*, para ver qué ocurre. *Él por su parte toma la feliz decisión de ir a Tarso para buscar la ayuda de Saulo, y así da inicio al ministerio apostólico de Pablo (Hech. 1, 22-26)*. Sin duda, fue una decisión iluminada por el Espíritu Santo.

Frutos y petición del consejo

¿Cómo ayuda el don del consejo a la oración? Nuestra oración está llamada a influir en la vida: *«No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial... Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca»* (Mt 7, 21. 24). Si el "hombre prudente" pone por obra la palabra

escuchada en la oración, el don de consejo ayuda poderosamente a aclarar cuál es esta palabra concreta y su aplicación vital.

Para disponernos al don, necesitamos en primer lugar la humildad convertida en súplica: *"Enséñame Señor a hacer tu voluntad porque tú eres mi Dios. Señor, muéstrame tus caminos, enséñame tus senderos"* (Ps 143, 10; 25, 4). A veces Dios ilumina de repente, sin reflexión previa; otras veces es una iluminación superior que guía nuestro razonar, porque el don perfecciona la virtud, no la elimina.

Pero también tenemos que cultivar el silencio del alma para poder escuchar al Espíritu. Tenemos que callar sobre todo las preocupaciones, pasiones, apegos, todo lo que es el ruido humano. Y del yo. Cuándo escuchamos mucho ruido interior, podemos sospechar que allí no habla el Espíritu Santo.

"En el momento en el que lo acogemos y lo albergamos en nuestro corazón, el Espíritu Santo comienza a hacernos sensibles a su voz y a orientar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras intenciones según el corazón de Dios... De este modo madura en nosotros una sintonía profunda, casi connatural en el Espíritu" (Papa Francisco, 7 de mayo de 2014). Por lo tanto, importa también la prontitud para poner por obra lo que le agrada a Él. La persona que en su vida habitual es dócil a las inspiraciones del espíritu Santo, se hace cada vez más connatural con Él.

Pidamos a María, Madre del Buen Consejo, que nos alcance la gracia de este don.



4.- Don de Fortaleza

Nos alienta continuamente y nos ayuda a superar las dificultades que sin duda encontramos en nuestro caminar hacia Dios.

Frutos del don de la fortaleza

Antes de la Ascensión, Jesús dice a los apóstoles: *«Permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos de poder desde lo alto. Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes»* (Lc 24, 49; Hech 1, 3-4). El día de **Pentecostés**, impulsados por "las ráfagas" del Espíritu y el "fuego" que hacía arder sus palabras, los apóstoles se llenaron de valentía para predicar a Cristo (Hech 2, 2-4. 14-40). A través de su audacia, se cumplió la promesa de Cristo: *"Cuando venga el Espíritu de la verdad, dará testimonio de mí. Y también ustedes darán testimonio de mí"* (Jn 15, 26-27). Un testimonio que los apóstoles llevarán hasta sus últimas consecuencias con el martirio antes de su muerte.

Esta es la fortaleza, don del Espíritu Santo. Hay una fortaleza humana, propia de los hombres valerosos. Corona las demás virtudes – a la caridad, celo, humildad, etc. – dándoles consistencia y fuerza. Sin embargo, tiene un límite inevitable: la debilidad humana. El don del Espíritu Santo perfecciona esta virtud dando fuerza y energía para hacer o padecer cosas grandes, a pesar de todas las dificultades. Nos es necesaria para resistir las tentaciones fuertes o persistentes, para emprender grandes obras, para superar la persecución, para practicar con perfección y perseverancia las virtudes.

La fortaleza y la oración

El don de la fortaleza también contribuye a nuestra oración. Conocemos bien su dificultad múltiple, la lucha contra el cansancio, el sueño, las distracciones, la aridez. Quien se propone llevar con seriedad una vida de oración, a dedicar un espacio diario a la oración mental, descubre que ni siquiera el paso de los años le permite afrontar sin dificultad lo que nos pedía Jesucristo : *"orar sin desfallecer"* (Lc 18, 1). Tenemos el claro ejemplo en lo que ocurrió en Getsemaní. Cristo ha dicho a los apóstoles: "Velad y orad", pero no resisten. No es sólo cansancio físico, es también pesadumbre anímica. San Lucas nos dice que el Señor les encontró *"dormidos por la tristeza"* (Lc 22, 45) y Él mismo los excusa: *"El espíritu está pronto, pero la carne es débil"* (Mc 14, 38). El espíritu humano no es suficiente, necesitarán el "poder que viene de lo alto". Jesús, al contrario, quien bajo el impulso del Espíritu ya había afrontado los 40 días del desierto (Lc 4, 1-2), ahora *"sumido en agonía, insistía más en su oración"* (Lc 22, 44).

Pidamos la fuerza del Espíritu Santo para perseverar en la oración como más tarde los apóstoles supieron hacerlo, junto con María (Hech 1, 14; 2, 42. 46). El Señor quizás sólo quiere ver la sinceridad de nuestro empeño y la humildad de nuestra súplica para darnos este don.

El don de la fortaleza en los momentos difíciles

El don también es necesario para la oración bajo otras circunstancias, cuando nos pide el Señor un sacrificio especial, acoger su voluntad en una enfermedad, en alguna noticia familiar triste, en una situación personal dolorosa. O quizás lo que nos pide el Señor no parece tan dramático, pero no encontramos en nosotros la fuerza para aceptarlo, para decidarnos a cambiar o a trabajar. Pidamos al Espíritu Santo que venga con su fortaleza en ayuda de nuestra debilidad.

Finalmente, está la oración, que bajo el impulso del Espíritu se abre no sólo a acoger la voluntad de Dios sino a pedir una mayor identidad con Cristo, víctima por nuestros pecados. Jesucristo después "de ofrecer ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte", acogió con obediencia voluntaria el designio de su Padre y *"por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios"* (Heb 5, 7-8; 9, 14).

No nos es fácil rezar así con sinceridad. Sin embargo, el Espíritu Santo nos puede llevar a penetrar el Corazón de Cristo, a ver todo como él lo ve, a tener "*el pensamiento de Cristo*" según una frase de *San Pablo (1Co 2, 16)*. Entonces con el don de su fortaleza hace posible que pidamos de verdad sufrir con Cristo por la expiación de los pecados y la redención de los hombres



5.- Don de Ciencia

Nos lleva a juzgar con rectitud las cosas creadas y a mantener nuestro corazón en Dios y en lo creado en la medida en que nos lleve a Él.

"En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra ... »" (Lc 10, 21)

Frutos del don de ciencia

Jesús nos manifiesta el don de ciencia cuando ora en el gozo del Espíritu Santo al ver volver a los setenta y dos discípulos de su misión. Este don contribuye mucho a la oración, pues nos descubre la relación entre las cosas creadas y Dios.

Por la acción iluminadora del Espíritu Santo, perfecciona nuestra fe y concurre directamente a la contemplación, dándonos un conocimiento inmediato de la relación de las creaturas a Dios. Así nuestra mente descubre en la belleza e inmensidad de la creación, la presencia de la belleza, bondad y omnipotencia de Dios y se siente impulsado a traducir este descubrimiento en alabanza, cantos, oración, acción de gracias, y exclamar: "Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra...".

Este don también nos permite descubrir a Dios detrás de las obras humanas: *"Es la sensación que experimentamos cuando admiramos una obra de arte o cualquier maravilla que es fruto del ingenio y de la creatividad del hombre: ante todo esto el Espíritu nos conduce a alabar al Señor desde lo profundo de nuestro corazón y a reconocer, en todo lo que tenemos y somos, un don inestimable de Dios y un signo de su infinito amor por nosotros."* (Papa Francisco, 21 de mayo de 2014).

Lugares donde se manifiesta el don de ciencia

Los salmos, que por definición son oraciones inspiradas, son una constante manifestación de la acción de los dones del Espíritu Santo en los autores, y en especial del don de ciencia. También vemos esta ciencia espiritual en las parábolas

de Jesucristo, al encontrar un sentido escondido en todas las realidades creadas: el agua, el pan, el vino, una piedra, los campos de labranza, el cielo, el sol, la vida, la higuera, la semilla, la tempestad. Allí se nos descubre el sentido último de las cosas materiales y de la misma vida humana: su relación ontológica con Dios, su Creador, su Padre y Redentor.

Otro efecto de este don en el alma, esencial para la oración y para abrirse a la gracia de la contemplación, es la conciencia de lo efímero de las criaturas. *El hombre, iluminado por el don de ciencia, descubre al mismo tiempo la infinita distancia que separa a las cosas del Creador, su intrínseca limitación, la insidia que pueden constituir, cuando, al pecar, hace de ellas mal uso. Es un descubrimiento que le empuja a volverse con mayor ímpetu y confianza a Aquel que es el único que puede apagar plenamente la sed de infinito que le acosa. (Cfr. Juan Pablo II, 23 de abril de 1989).* El libro de la Sabiduría comentaba a propósito de los ateos: *"Tal vez como viven entre sus obras, se esfuerzan por conocerlas, y se dejan seducir por lo que ven. ¡Tan bellas se presentan a los ojos!" (Sab 13, 7).* El creyente, a su modo, puede quedar tan cogido por las huellas de Dios, que en su oración ya no pasa más allá de ellas para quedarse sólo en el Creador. Esto constituye una advertencia para quien desea progresar en la oración contemplativa.

Cuando el alma, por ejemplo, se siente llena de paz delante un paisaje majestuoso, alabando al Creador, esa experiencia tan valiosa corre el peligro de detenerse en la belleza misma de la criatura. El don de ciencia viene en nuestra ayuda, para que el orante al final contempla no a las criaturas, sino a su Origen y Señor.



6.- Don de Piedad

Nos mueve a tratar a Dios con la confianza con la que un hijo trata a su Padre.

El Don de la Piedad colabora al hacernos descubrir en este Dios de tremenda majestad a un Padre que nos ama, un Padre que quiere que estemos en su presencia con corazón filial y confiado, el más padre de los padres, pues *"nadie es padre como lo es*

Dios" (Catecismo de la Iglesia Católica, 239)

La piedad es la amorosa aptitud del corazón que nos lleva a honrar y servir a nuestros familiares y allegados. Sin embargo, el don de piedad es la disposición habitual que el Espíritu Santo pone en el alma para elevarla a sentir un amor filial hacia Dios.

Piedad y justicia

La religión y la piedad nos conducen ambas al servicio, de Dios: la religión lo considera como Creador y la piedad como Padre, en lo cual esta es más excelente que aquella. La piedad tiene una gran extensión en el ejercicio de la justicia cristiana: se prolonga no solamente hacia Dios, sino a todo lo que se relacione con Él, como la Sagrada Escritura que contiene su palabra, los bienaventurados que lo poseen en la gloria, las almas que sufren en el purgatorio y los hombres que viven en la tierra.

Dice San Agustín que el don de piedad da a los que lo poseen un respeto amoroso hacia la Sagrada Escritura, entiendan o no su sentido. Nos da espíritu de hijo para con los superiores, espíritu de padre para con los inferiores, espíritu de hermano para con los iguales, entrañas de compasión para con los que tienen necesidades y penas, y una tierna inclinación para socorrerlos.

Este don se encuentra en la parte superior del alma y también en la inferior: a la superior le comunica una suavidad espiritual que dimana de los dones de sabiduría, de inteligencia; en la inferior infunde sentimientos de dulzura y devoción sensible. De esta fuente es de donde brotan las lágrimas de los santos y de las personas piadosas. Este es el principio del dulce atractivo que la lleva hacia Dios y de la diligencia que ponen en su servicio. Es también lo que les hace afligirse con los afligidos, llorar con los que lloran, alegrarse con los que están contentos, soportar sin aspereza las debilidades de los enfermos y las faltas de los imperfectos; en fin, hacerse todo para todos.

Es preciso señalar que hacerse todo para todos, no es, por ejemplo, quebrantar el silencio con los que lo quebrantan, ya que es imprescindible ejercitar la virtud y observar las reglas; sino que es estar grave y comedido con los que lo están, fervorosos con los espíritus fervorosos y alegre con los alegres, sin salirse nunca de los límites de la virtud: es tomar la presteza al modo como lo hacen las personas perfectas, que son naturalmente fervientes y activas; es practicar la virtud con miramiento y condescendencia, según el humor y el gusto que tengan aquéllos con quienes tratan y tanto como lo permita la prudencia.

El vicio contrario al don de piedad es la dureza de corazón, que nace del desordenado amor a nosotros mismos: este amor nos obliga a ser insensibles con todo lo que no sea nuestros propios intereses, a que no vibremos más que, con lo que se relaciona con nosotros, a que veamos sin pena las ofensas a Dios y sin compasión las miserias del prójimo, a no molestarnos en servir a los demás, a no soportar sus defectos, a enfadarnos con ellos por cosas poco importantes y a conservar hacia ellos en nuestro corazón sentimientos de amargura de venganza, de odio y de antipatía.

Opuestamente, cuanto más caridad y amor de Dios tenga un alma, más sensible será a los intereses de Dios y del prójimo. Esta dureza es extrema en los grandes del mundo, en los ricos avariciosos, en las personas engréidas y en los que no ablandan su corazón con los ejercicios de piedad y el uso de las cosas espirituales. Un alma que no puede llorar sus pecados, por lo menos con lágrimas del corazón,

tiene o mucha impiedad o mucha impureza, o de lo uno y lo otro, como ordinariamente sucede a los que tienen el corazón endurecido.

La bienaventuranza perteneciente al don de piedad es la segunda: «Bienaventurados los mansos de corazón». La razón es porque la mansedumbre quita los impedimentos de los actos de piedad y la ayuda en su ejercicio. Los frutos del Espíritu Santo que corresponden a este don son la bondad y la benignidad.



7.- Don de Temor de Dios

Nos induce a huir de las ocasiones de pecar, a no ceder a la tentación, a evitar todo mal que pueda entristecer al Espíritu Santo, a temer radicalmente separarnos de Aquel a quien amamos y constituye nuestra razón de ser y de vivir.

Cuando se quiere mejorar la oración, un camino es el de disponer el corazón y cultivar nuestras actitudes. La actitud que debemos tener es la de hijo, de criatura, de pecador, de discípulo, de amigo. Con sus dones el Espíritu Santo nos incita estas posturas del corazón e induce a la oración *"de los santos según Dios"* (Rm 8, 26).

El don de temor de Dios

Con el don llamado de temor de Dios, el Espíritu Santo nos eleva a palpar la santidad trascendente de Dios. No se teme el castigo de Dios, sino que el alma se llena de amor y se hace consciente de su fragilidad, teme llegar a ofender a Dios, a perderle. Se podría hablar de un don de la reverencia, de la capacidad de descubrir la grandeza de Dios, motivo de adoración y alabanza.

¿Amor o temor?

Sin embargo, hay motivo para mantener la cualidad del "temor", pues se falsifica nuestra relación con Dios si nos olvidamos de quienes somos, de nuestra condición de creaturas y especialmente de nuestra fragilidad como pecadores: de los pecados cometidos, y del peligro de cometerlos. En la oración, cuanto más auténtica es nuestra toma de conciencia de la presencia de Dios, tanto más queda sobrecogida el alma, temerosa de no estar a la altura, de no prestarle al Señor la reverencia que merece.

Los frutos del Espíritu Santo, el don de temor de Dios y la oración

Cuando el Espíritu Santo se hace presente actuando el don, entramos de pronto con claridad y viveza en la experiencia inmediata de la santidad del Señor. Quizás

es mejor que cada uno acuda a su propia experiencia, a los momentos en que ha sido más evidente la acción de Él. No en las emociones, sino en la actitud del alma. No sólo "sentir la grandeza de Dios", o "sentir su santidad", sino sentirse a la vez colmado de la experiencia de su grandeza y de la propia indignidad y fragilidad.

En el alma surgen de forma espontánea la adoración y alabanza de Dios por un lado, y por otro la actitud humilde de quien se sabe creatura y aún pecador: *"el publicano no levantaba la mirada sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!" (Lc 18, 13)*. Pensemos ahora en la actitud de los grandes orantes : Moisés descalzándose delante de la zarza ardiente. Isaías que exclama: "Ay de mí, soy un hombre de labios impuros". San Pablo que cae al suelo cuando Cristo le aparece en el camino. La misma Santísima Virgen María se turba frente al saludo del Ángel.

Por todo esto tenemos que querer y pedir que nuestro corazón sea auténtico delante del Señor: "¿Quién soy yo, Señor, para entrar en tu presencia? Una pobre creatura cargada de iniquidad, pero desde mi miseria yo te adoro rendidamente. Te pido perdón de mis muchos pecados".

De modo paradójico, este santo temor también se hace alegría cuando desde el amor cantamos la gloria de Dios: *"Recordad la exclamación estupenda del himno de la Santa Misa festiva, llamado precisamente el Gloria: «te damos gracias por tu inmensa gloria»" (Pablo VI, 25 de abril de 1973)*

¿Cómo cultivar el don de temor de Dios?

¿Podemos cultivar este don, hacer algo nosotros para alcanzar o secundar la acción del Espíritu Santo en nuestra oración? El cultivo de las virtudes correspondientes, la corrección de los defectos, la súplica perseverante y la espera confiada son todas actitudes que preparan el terreno para la acción del Espíritu. Y el alma queda libre para dejarse guiar u oponerse a la acción divina.

Para el don del temor de Dios, podemos reflexionar sobre nuestras actitudes como creaturas. Sobre la seriedad que damos a la cita con Él en la meditación. Sobre el trato que le damos: el respeto, la reverencia, la atención, las posturas. Sobre la sinceridad de nuestra pena cuando nos percatamos de las distracciones involuntarias. Sobre cómo reaccionamos cuando hay cansancio, calor o aridez: ¿es enojo, molestia?, o ¿pena, vergüenza?. También, de manera más importante, sobre nuestra conciencia y nuestro sentido del pecado. Nuestro deseo de ser puros y santos en su presencia, de que él nos purifique.

Y, finalmente, buscar meditar, contemplar, saborear las grandezas de Dios.



AGRUPACIÓN SANTIAGO APOSTOL – CALIFORNIOS

ÁREA DE PASTORAL

VOCALÍA DE FORMACIÓN CRISTIANA Y COFRADE

formacion@santiagocalifornio.es